

Álex Marco es un técnico de la fantasmagoría contemporánea. Como un *ilusionista* de los albores de la reproducción mecánica de imágenes, sus métodos de trabajo incluyen todo tipo de técnicas reproductivas de seriación mecánica, como la serigrafía o el cartelismo, así como el uso del video como soporte, médium y plataforma. Sus ensayos, filmados en cine súper 8 principalmente, junto con otros formatos analógicos, acercan el mundo al arte. La fotografía es el campo de batalla. Su pintura destaca de la gruesa amalgama de lenguajes plásticos, facetando diversas capas de síntesis mediante el uso de la espectrografía, la relación imagen y sonido, y sobre todo el gesto terco del pintor persistente y la violencia del *modus*. Las técnicas, enroscadas, componen máquinas teatrales que permiten escapar de la luz, permitiendo así ver lo que no se puede escribir pero sí leer desde la imagen.

El trabajo de Álex Marco supone conceptualmente una entrada en aquellas expresiones de lo abstracto como reconocible en cuanto a relacionable con caminos que parten de lo visualizable. Como dispositivos, sus *displays* e instalaciones se componen en lo que podríamos denominar siguiendo al Jacques Rancière de *El Destino de las Imágenes*¹ como **máquinas de misterio**:

“Misterio no quiere decir enigma o misticismo. Misterio es una categoría estética, elaborada por Mallarmé y explícitamente retomada por Godard. El misterio es una pequeña máquina de teatro que fabrica analogía, (...)” (Rancière, 2011, P. 72)

Y lo son porque se generan por co-pertenencia, por analogías, como en una cooperativa de artistas en una fábrica reutilizada, una cadena de montaje mecánico de coches de carreras, o en una rave, por poner ejemplos cercanos.

¹ Jacques Rancière, *El Destino de las Imágenes*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2011.

“Y yo, que no creía en las brujas”

De entrada, las pequeñas piezas indican como migas el camino de vuelta a casa, son fragmentos monádicos de lo acontecido como experimento de taller, conjugando lo repleto con lo peregrino, en una búsqueda de ambientes siempre próximos pero a la vez distantes eones de tiempo. Formas telúricas que se concretizan como pequeñas pantallas fijas en un instante.

Siguiendo encontramos sus rastros de cacería xenomórfica en las 7 pinturas de formas amenazadoras y salvajes, *como el vuelo de un murciélago captado por una cámara a la luz del estroboscopio*.

Nos adentramos tras la cacería en las entrañas del mago a través de sus monitores de video que proyectan los ensayos que después pintará con gestos calculados en base a técnicas de hilado visual y sonoro, en intentos de estirar y encuadrar momentos aparentemente sobrantes pero llenos de intensidad trágica por el paso del tiempo y la huella. El interior es donde produce el mago.

El horror se despliega en plenitud con la gran pantalla. Un horror espacial que bebe de fuentes cercanas y que como en una boca gigante, se traga la visión para de manera honesta liberar el monstruo innombrable que todos llevamos dentro tras el empacho visual de 25 años de agotamiento y saturación óptica.

Parece imposible volver a conectar con referentes tras esta pintura, pero las fotografías enmarcadas nos vuelven a conectar con sucesos dramáticos pero emocionantes como esos cauchos reventados por la velocidad y la ira, qué puede haber más bello que un paisaje convertido en sus propias apariciones espectrales de victoria amarga.

César Novella Alba (Valencia, 1978)

Doctor en Historia del Arte y comisario de la muestra “Y yo, que no creía en las brujas”.